

Derechos de autor: © Raquel Huete Iglesias, 2020

E-mail: info@raquelhuete.com

Ilustración de portada: © Raquel Huete Iglesias, 2020

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo la sanción establecida en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.

CARLOTA Y LA EXTRAÑA BRUJA DEL ORIENTE

Versión sin ilustrar

Raquel Huete Iglesias



Para Eva, Pere, Nacho y
Carlota,

Que la magia de la felicidad
guíe vuestros pasos.

Raquel

ÍNDICE

1	9
2	14
3	22
4	29
5	36
6	41
7	45
8	55
9	62
10	71
11	75
12	82
13	89
14	97
15	110
16	118
17	128
18	141
19	156
20	165
21	170
22	177
ANEXO	183

1

Cuando su padre entró en el cuarto, Carlota ya estaba despierta. De hecho, llevaba un buen rato mirando al techo en la penumbra. La noche anterior le había costado tanto conciliar el sueño que ni siquiera recordaba haber dormido. ¿Quizás había dormitado toda la noche con los ojos abiertos, como las liebres?

—¡Carlota! ¿No duermes? —se sorprendió su padre Pere. Hoy no podría despertarla entre mimos y arrumacos como cada mañana.

—¡No! —respondió ella, alegre, mientras apartaba las sábanas para levantarse—. Estoy nerviosa. Tengo ganas de estar con mis amigas.

—Cualquiera diría que no las ves nunca... ¿No pasaste toda la tarde con Cristina este mismo sábado?

—Sí, pero no es lo mismo. En verano no puedo verlas cada día. Y mucho menos durante tantas horas.

—Eso es verdad. No os cansáis nunca de estar juntas, las Cuatro Ces sois inseparables —le dijo sonriente mientras le acariciaba la cabeza con cariño.

Carlota asintió pensando que su padre tenía toda la razón. El grupo de las Cuatro Ces se había vuelto una piña. El año anterior incluso habían tomado clases de baile juntas. El nombre del grupo se lo habían puesto ellas mismas al poco de advertir que todos sus nombres empezaban por la letra «c»: Carla, Cristina, Charlotte y Carlota. Bueno, en realidad, Charlotte también se llamaba Carlota, pero había propuesto que la llamaran por la versión inglesa de su nombre para diferenciarse de su amiga. Decía que así se hacían menos líos.

—Anda, vístete y baja a desayunar —dijo su padre—. Voy a despertar a Nacho.

Apenas tardó unos minutos en asearse y ponerse el uniforme nuevo de este año: polo color crema y falda con tirantes a cuadros granates y grises. Luego bajó las escaleras a toda prisa. Se sentía tan emocionada que hubiera deseado saltar los escalones de tres en tres. Pero tuvo que conformarse con hacerlo como siempre; sus piernas no eran lo suficientemente largas como para realizar tales hazañas y no quería aparecer en muletas el primer día de clase.

—No sé por qué, suponía que ya estarías lista —comentó Pere cuando bajó con el hermano pequeño de Carlota y la vio sentada esperándole.

—Hoy podríamos desayunar chocolate —sugirió el pequeño con una sonrisa traviesa.

—No puede ser, Nacho —le dijo Carlota—. El chocolate no es un buen desayuno. Tienes que comer lo que te ponga papá: fruta y leche con cereales, o pan con tomate y jamón dulce...

—... o pan con aguacate y plátano, que es lo que toca hoy —dijo el padre.

—Vale. Y de postre, chocolate —trató de persuadirle el niño.

Carlota sonrió. A ella también le encantaba el chocolate, así que no le extrañaba que quisiera pasarse el día devorándolo. Cuando llegaron a la escuela, ambos se despidieron de Pere con un beso y se dirigieron a sus respectivas aulas.

—¡Qué ganas tenía de veros! —exclamó Carlota al encontrarse en la puerta con el resto de integrantes de las Cuatro Ces.

—¡Sí, qué alegría! —las abrazó Cristina.

—Se te ha caído otro diente —se sorprendió Carla mientras señalaba uno de sus propios incisivos superiores.

—Sí, jugando en la piscina hace dos semanas. —Y abrió bien la boca para que todas admiraran el hueco que le había quedado—. ¡Es el tercero ya!

—¡Qué bien! ¡Vamos a elegir sitio!

Todas corrieron hacia el interior de la clase cargando sus mochilas abultadas a la espalda. Este año las mesas estaban agrupadas de cuatro en cuatro, lo cual les venía perfecto para contarse sus confidencias cada vez que tuvieran la ocasión sin que nadie ajeno al grupo se enterara. No es que se llevaran mal con el resto de la clase. Al contrario, hablaban y jugaban con todos sus compañeros. Pero había determinados asuntos que preferían comentar solamente en el ámbito del grupo y esta disposición de los pupitres propiciaba una comunicación fluida entre ellas.

Eligieron los que estaban más cerca de la profesora para no perderse nada de lo que dijera y se apresuraron a meter sus relucientes libros en los cajones.

—¿Sabéis qué? Este año tenemos profe nueva de chino —anunció Cristina cuando ya lo tuvo todo listo.

—Sí, eso he oído yo también: Miss Li Fang —añadió Charlotte—. Mi madre dice que es muy buena enseñando a escribir caracteres.

Tanto su madre como la de Cristina eran profes en la escuela, por lo que a veces ellas se enteraban de ciertas cosas antes que el resto de alumnos.

—Quizás la han contratado para este curso por esa razón

—reflexionó Carla—. No creo que sea nada fácil enseñar a escribir chino...

—Estoy segura de que Mr. Íñigo también nos habría enseñado perfectamente —replicó Carlota.

—Pues claro, pero en este cole lo normal es que cambien los profesores cada dos por tres. No es que uno sea mejor que el otro.

Justo en ese instante sonó el timbre que daba comienzo a la clase, por lo que tuvieron que zanjar el tema. La nueva tutora, que se llamaba Miss Silvia, empezó haciendo una pequeña presentación del curso y de los objetivos para ese año, y luego se pusieron con la primera asignatura. Carlota estaba encantada con ella, le parecía tan amable y simpática como la que habían tenido el año anterior, Miss Pili. Así que todo indicaba que pasaría otro curso placentero junto a sus grandes amigas.

Pero luego llegó el turno de la clase de chino y Carlota percibió una sensación muy extraña al conocer a Miss Li Fang. Como si aquella mujer escondiera algún secreto oscuro e inconfesable. Y no le faltaba razón. La nueva profesora era una auténtica caja de sorpresas; sorpresas que nadie jamás habría imaginado.

2

—¡Dajia hao! —les saludó Miss Li Fang nada más entrar por la puerta.

Al verla, todos los alumnos se quedaron con la boca abierta. Era muy anciana y tenía una enorme joroba en la espalda que la obligaba a avanzar encorvada ayudándose de un bastón. Aun así, llevaba puestas unas gafas de sol oscuras como las que usaban los adolescentes y un par de joviales botas de vaquero.

Cuando por fin alcanzó su sitio, colocó el bastón sobre el escritorio y Carlota aprovechó para fijarse más en él. Tenía una empuñadura con forma de cabeza de dragón y ojos penetrantes: uno de color negro y otro colorado. El cuerpo del animal, que pertenecía al de una serpiente en lugar del ser mitológico, se enrollaba a lo largo del bastón.

—¡Dajia hao! —repitió la profesora—. Wo shi Miss Li Fang.

Los alumnos sabían, porque se lo había enseñado Mr. Íñigo el curso anterior, que aquello significaba «Hola a todos, soy Miss Li Fang», así que le respondieron al unísono:

—¡Ni hao, Miss Li Fang!

—Tiene pelos en la verruga... —susurró Carla cubriéndose la boca para que nadie la oyera aparte de sus amigas.

Era cierto. La profesora tenía una verruga muy cerca de los labios de la que salían unos pelos blanquecinos, gruesos y larguísimos, que se movían cada vez que hablaba. Era como si estuvieran bailando al son de sus palabras. Además, la mujer carecía de cejas, con lo que su rostro se veía realmente grotesco.

—Calla, nos van a llamar la atención —murmuró Carlota.

—Buenos días —empezó la anciana mientras trataba de sacarse una bolsa de cuero que llevaba cruzada al pecho. La chepa se lo ponía difícil, pero tras varios intentos lo consiguió y al fin la dejó sobre la mesa, junto al bastón—. Yo *profesora* chino, *enseñal* chino *vosotlos*, ¿sí?

Un silencio incómodo invadió el aula. Nadie se esperaba una maestra con aquel aspecto. Y mucho menos que no hablara español correctamente.

—Este año *empesal* *escribil* *calacteles*. Muy *diveltido*, ¿sí?

—Mi madre no dijo nada de que hablara así —musitó Cristina—. Por lo menos sabrá inglés, ¿no?

—Digo yo... —respondió Charlotte—. La mía tampoco me avisó.

—*Consentlasi3n muy impoltante* en clase, ¿entiende? —dijo la profesora acercándose a las Cuatro Ces para llamar su atención.

Todavía llevaba puestas las gafas de sol, pero las niñas entendieron a la primera que las estaba mirando fijamente.

—Sí, Miss Li Fang —respondieron. El resto de la clase soltó varias risitas.

—Si atentas, todo bien. Si no atentas, todo mal. *Tlabajo dulo* todos, ¿sí?

La profesora esperó la confirmación de que toda la clase la había comprendido. Los alumnos asintieron con la cabeza y la maestra sacó un rotulador de su bolsa de piel.

—¿Qué lleva en la muñeca? ¿Un bolsito? —quiso saber Cristina, otra vez en voz baja, mientras la observaba escribir trazos en la pizarra blanca.

Carlota también se había fijado. Era un pequeño bolso de seda color turquesa. Llamaba la atención, no por su tamaño (era un poco mayor que los que su madre utilizaba para guardar pulseras u otras joyas), sino porque pendía de un cord3n atado a su brazo derecho, que en esos momentos usaba para

escribir, así que se balanceaba inquietamente para un lado y para otro con cada movimiento.

—Eso parece. ¿Qué llevará ahí dentro? —se preguntó Carla.

—No sé, pero si no se lo quita ni siquiera para escribir, seguro que es algo muy valioso —dedujo Carlota.

De pronto la profesora se giró hacia ellas con los brazos en jarra. Estaba claro que las había vuelto a oír porque ponía un gesto muy severo.

—No aviso dos veces —advirtió frunciendo sus cejas inexistentes.

Inmediatamente se acercó otra vez a la bolsa de cuero de la que había extraído el rotulador de pizarra hacía unos minutos. En esta ocasión, sacó una vara de metal que procedió a extender como si fuera una antena. Carlota no sabía qué pensar de todo aquello. ¿Qué pretendía hacer la profesora con esa vara?

—Wo —pronunció Miss Li Fang mientras señalaba con la vara el carácter que acababa de escribir en la pizarra—. Wo, significa yo. Ya sabe esto, ¿no? *Lepite* todos conmigo, wo, wo, wo.

Toda la clase la siguió.

—*Ahola aplendemos tlasos* —prosiguió la anciana—. Así. *Pli-*

melo, aliba, abajo. Luego, isquienda, delecha. Luego, aliba, abajo y gancho isquienda. Luego...

Carlota la observaba con curiosidad. Conocía bien la palabra «wo», pero nunca había pensado que se necesitaran tantos trazos para escribir algo que tardaba tan poco tiempo en pronunciar. Cuando terminó, la anciana repartió pinceles y tinteros para pedir a los alumnos que copiaran el carácter en su papel siguiendo el orden de trazos que les había enseñado. Las Ces aprovecharon el momento para intercambiar más impresiones.

—Qué complicado, ¿no? —dijo Carlota.

—Un poco, pero es divertido —repuso Cristina, quien ya se había puesto manos a la obra—. O al menos eso me parece de momento...

Miss Li Fang caminaba de mesa en mesa inspeccionando el trabajo de sus nuevos discípulos.

—A mí esto de la pintura me recuerda a las clases de dibujo —dijo Charlotte—. Está bastante bien.

—Sí, pero cuando pintas no hace falta que lo hagas en un orden concreto —objetó Carlota. Desafortunadamente había olvidado si el segundo trazo era el que iba de izquierda a derecha o de arriba abajo con un gancho, así que miraba a sus compañeras para refrescar su memoria. Al final, optó por ha-

cer lo que le parecía más correcto.

—Bueno, depende de lo que dibujes —dijo Carla—. Por ejemplo, no le podrás añadir cabello a un personaje si no le has dibujado antes la cabeza.

—Eso es verdad —apoyó Cristina.

—Bu, bu, bu, bu —intervino entonces Miss Li Fang al ver lo que había escrito Carlota—. No así, no así. *Olden tlasos* no bueno. ¿Tú cómo llamas?

—Carlota —respondió ella.

—*Calota*, esto mal, *basula*. *Hase otla ves*.

La niña se quedó parada. ¿Lo había entendido mal o la maestra acababa de decir que su carácter era una basura? Charlotte se asomó a su papel para ayudarla con el ejercicio.

—Primero va este trazo y luego este —le explicó.

La alumna mojó el pincel en el tintero y se preparó para un segundo intento. Pero al reposarlo en el papel, se dio cuenta de que empezaba a ponerse nerviosa. Si al menos la profesora se marchara a hacer rondas por las otras mesas mientras ella lo intentaba... Pero no, se había quedado vigilándola de cerca. Y Carlota podía sentir la presión de tener que acertar esta vez.

—Bu, bu, bu, bu —repitió Miss Li Fang—. Este *tlaso* muy *glue-so*, mucho peso muñeca. *Otla basula*. Más *ligelo*, más suave aquí, *Calota*. *Lepite*.

Para ese momento toda la clase se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo y había dejado de hacer sus cosas para centrarse en las dificultades de su compañera. Carlota sintió un pellizco en el estómago. En general no llevaba demasiado bien lo de que no le salieran las cosas a la primera. Así que odiaba cuando alguien se fijaba en ella por otra razón que no fuera elogiar su buen trabajo. Aun así, lo intentó de nuevo. Pero los nervios, que iban aumentando con cada mirada, no ayudaban en absoluto.

—Bu, bu, bu, bu —la detuvo la maestra por tercera vez—. Aquí no *almonía*, todo *susio*. *Basula, basula*. *Otla ves*.

Entonces a Carlota le dio por pensar que estaba haciendo el ridículo. «Basura, basura», aquella mujer no dejaba de insistir en lo mal que lo hacía y ella se sentía cada vez peor. ¿Por qué no podía aprender a hacerlo tan rápido como sus amigas? De pronto, se le hizo un nudo en la garganta y se le entelaron los ojos.

—¿*Pol* qué *tliste* tú? —le preguntó Miss Li Fang, que se dio cuenta en seguida—. No *llola*. Si no sabe qué mal, no puede *aleglal*. *Ahola hase bien*, ¿sí?

Cristina, que estaba a su lado, le pasó el brazo por el hombro

para consolarla. Pero ya era tarde. Una vez cayó la primera lágrima, la tristeza de Carlota empezó a brotar humedeciéndole las sonrosadas mejillas a sus anchas. Mientras la clase permanecía en silencio, la maestra giraba la cabeza hacia un lado y otro, como pensando en qué hacer. Finalmente le dijo:

—*Hola patio, tú mi despacho. Te espelo, ¿sí?*

Carlota titubeó un momento. ¿Encima de lo mal que lo estaba pasando se había ganado una reprimenda? Menudo desastre, con las esperanzas que había depositado en aquel primer día de clase. Asintió diligente, aunque con pocas ganas.

—Bien. *Hola patio, no olvida. Y ahola vas baño, lava cara.*

3

El despacho de Miss Li Fang estaba situado en una zona apartada de la planta baja de la escuela. Cuando Carlota entró se le nublaron los ojos durante un par de segundos. Todas las aulas y oficinas del edificio contaban con numerosas ventanas por las que penetraba la luz del día, pero este despacho era oscuro así que tuvo que esperar a que se le acomodara la vista.

Cuando por fin empezó a ver, le entró un escalofrío. Los cristales eran negros, y en las paredes se amontonaban dibujos de papel que, más que decorar, parecían querer alejar a los visitantes: murciélagos, ratas, cocodrilos, arañas, cucarachas, escorpiones, y lo que más se repetía: dragones con ojos furiosos y cuerpo de serpiente.

—Sienta, *pol favor* —invitó la maestra, que en esta ocasión se había quitado las gafas.

Carlota obedeció, aunque la verdad es que hubiera preferido salir pitando. Aquel despacho era tan diferente de los que había visto. Tan... tétrico. La profesora agarró su silla y la acercó a la niña para sentarse frente a ella con mucha fatiga. En

aquella oscuridad, los pelos de su verruga agitándose daban un poco de miedo. Pero la anciana no parecía percatarse del efecto que estaba creando en su alumna porque le sonrió y empezó a animarla:

—Cuando algo sale mal, tú no *llola*, no enfada. Si *esclibil ca-lacteles* un poco *difisil*, vuelve a *hasel*. *Nesesita* tiempo, solo eso.

—Pero a mis amigas les ha salido a la primera y a mí no — protestó ella.

—No *impolta*.

—Pero a mí sí que me importa. Me gusta aprender rápido. Me siento mal cuando no me salen bien las cosas.

—*Impoltante* viaje, no destino. *Impoltante* aventura, ¿sí?

—¿Qué aventura? —preguntó Carlota, extrañada.

—No *tliste* cuando *hase* mal —insistió—. Escape *loom* más *diveltido*.

—¿Escape room? ¿Se refiere al juego que consiste en escapar de un cuarto en un tiempo limitado? No entiendo nada...

De pronto un golpeteo en la puerta las interrumpió. Era el director de la escuela.

—Miss Li Fang, necesito consultar algo urgente con usted. ¿Le importaría salir un momento? —Entonces vio a la niña y le dedicó una cálida sonrisa—. Hola Carlota. No te importa que te robe a Miss Li Fang, ¿verdad? Serán solo unos minutos.

—No, claro —dijo la niña, aunque no le hacía nada de gracia que la dejaran sola en aquel despacho tan espantoso.

Cuando Miss Li Fang salió, no sin antes haberse puesto las gafas, clavó la mirada en el suelo para no sobresaltarse. Pero al cabo de unos minutos sin que sucediera nada malo, empezó a levantar la vista. Eso sí, muy lentamente. Ser precavida nunca estaba de más. Posó los ojos sobre la silla vacía de la profesora, y luego sobre su escritorio. Acababa de empezar el curso y ya lo tenía lleno de pilas y pilas de papeles. También había diversos utensilios de papelería: una grapadora, tizas y rotuladores, libretas, clips... Parecía un escritorio normal y corriente.

De repente se percató de algo. El bolsito color turquesa de Miss Li Fang también estaba sobre la mesa. Y la mujer lo había dejado medio abierto. Se debatió entre echar una ojeada para averiguar qué curioso tesoro se escondía ahí dentro o quedarse plantada en su silla. Había tantos bichos colgados en la pared observándola con sus ojos coléricos que le daba miedo que ocurriera algo malo si se atrevía a indagar.

Pero al cabo de unos segundos, la curiosidad la venció. Echaría un vistazo rapidísimo y volvería a su sitio en un santiamén.

Total, nadie se enteraría. Además, se merecía ese pequeñísimo capricho. Se estaba perdiendo el recreo por culpa de esta charla y al menos así podría contarles a sus amigas lo que había descubierto.

Se acercó con mucho sigilo y dejó caer la vista por la abertura del bolso. Los párpados se le elevaron como si tuvieran vida propia. ¡Eran bombones! ¡Chocolate! Miss Li Fang empezó a caerle bastante mejor de inmediato. Los profesores solían tener dulces en sus despachos para ofrecérselos a los alumnos como cortesía cuando se reunían con ellos, pero nunca había visto chocolates. Esto superaba con creces a los caramelos de goma y las piruletas. Lo que no entendía era por qué los llevaba atados a la muñeca todo el tiempo, pero tampoco le apetecía plantearse ese tipo de cosas ahora.

Decidió coger dos: uno para ella y otro para su hermano Nacho. Pero ¿cuáles elegir? Todos iban envueltos en papel metálico rojo, excepto algunos cuyo envoltorio era de color negro. En aquel ambiente tan sombrío, el rojo se le antojaba más apetecible que el negro así que la decisión estaba tomada. Se comió uno ahí mismo y el otro lo guardó en el bolsillo de la falda, junto con el envoltorio del primero.

Lo saboreó con deleite. ¡Era el chocolate más rico que había probado en la vida! En cuanto llegara a casa le daría el suyo a Nacho. Estaba deseando ver su cara de sorpresa. Miss Li Fang regresó justo cuando se lo había terminado.

—*Peldón pol espela* —se disculpó mientras cerraba la puerta y se quitaba otra vez las gafas—. *¿Entonses queda clalo? No tliste cuando hase basula. Divielte.*

Carlota le dijo que sí porque quería salir de allí y volver con sus amigas, pero en realidad no lo tenía nada claro. Al contrario, lo tenía más oscuro que aquel despacho. Y es que no había entendido ni una palabra. ¿Cómo podía divertirse haciendo algo mal? ¿Acaso había alguien capaz de alegrarse de cometer errores? A ella le parecía imposible. Es más, ojalá tuviera la capacidad de aprenderlo todo a la primera. Entonces sí que podría estar siempre feliz.

De pronto advirtió que el rostro sin cejas de Miss Li Fang adquiriría semblante de extrañeza y que, durante un instante, alternaba la vista entre su rostro y la mesa, su rostro y la mesa. Hasta que se acercó a ella a pasos pesados y le señaló la barbilla.

—¿Qué esto?

Carlota se tocó el punto señalado y vio que tenía restos de chocolate en el dedo. Debía de haberse manchado con el bombón. Se pasó la lengua por la zona para tratar de limpiarse.

—¿Dónde saca? ¿Dónde saca chocolate? ¿Aquí? —preguntaba con insistencia mientras señalaba su bolsito abierto sobre el escritorio—. ¿Coge aquí? —El rostro de la anciana había demudado en uno preocupado.

—Sí —respondió la niña, alegre—. Estaba muy rico, gracias. Los demás profesores no ofrecen dulces tan buenos. ¿Me puedo marchar ya?

—Bu, bu, bu, bu —dijo la mujer llevándose la mano a la frente como si hubiera ocurrido una gran desgracia—. ¿Cuál coge? ¿*Lojo* o *neglo*?

Carlota se quedó callada. ¿Había hecho algo malo?

—¿*Lojo* o *neglo*? ¿*Lojo* o *neglo*? —repetía.

—Rojo —respondió la niña al fin, sin comprender la razón de tanto alboroto—. ¿Por qué? ¿El negro es mejor?

Miss Li Fang dio un profundo suspiro y se abanicó con la mano.

—No. *Lojo mejor. Lojo mucho mejor. Efectos solo un día. Neglo, efecto toda la vida.*

—¿Qué efectos? —preguntó la niña, curiosa.

—No *pleocupa*, no *pleocupa*. Solo un día —divagaba la mujer mientras cerraba el bolsito turquesa y volvía a colgárselo de la muñeca—. No *dise* a nadie, no cuenta a nadie que come chocolate, *pol favol*. ¿*Plomete*? ¿*Plomete*?

La alumna dijo que sí con la cabeza.

—Bien, *glasias*. Muchas *glasias*. *Ahola* vuelve clase, ¿sí? Y no olvide: nunca más *tliste* cuando *tlabajo* sale *basula*.

Carlota pensó que aquella mujer no podía ser más extraña.

«Espero que enseñe a escribir chino mejor de lo que habla español», pensó. Y se marchó en busca de las Ces para explicarles todo lo que había sucedido.

4

Cuando Carlota regresó con las Cuatro Ces, la hora del recreo ya estaba a punto de terminar.

—¿Qué ha pasado con Miss Li Fang? —preguntaron sus amigas en cuanto la vieron llegar.

—Poca cosa. No ha dejado de repetir que mis caracteres son una basura pero que no me preocupe, que me divierta.

—¿Que te diviertas? —se extrañó Charlotte.

—Eso mismo. Y, además, ha dicho no sé qué de un escape room. Pero eso no lo he entendido bien. Entre que habla poco español y que es un poco rarita...

—¿Por qué es rarita?

—Pues, para empezar, su despacho parece una cueva. No entra luz por ningún lado porque los cristales están pintados de negro o algo así. —Sus amigas arrugaron el ceño, desconcertadas—. Además, las paredes están cubiertas de papeles con dibujos de ratas, cucarachas, escorpiones y animales por

el estilo. Y luego, está lo del bolsito turquesa que siempre lleva colgando de la muñeca.

—¿Qué pasa con el bolsito?

—Pues que está obsesionada con él. Mejor dicho, con lo que lleva dentro.

—¿No me digas que has averiguado lo que hay ahí? —se emocionó Carla.

—No tiene ningún misterio. Son bombones, lo he visto porque el bolso estaba abierto sobre su escritorio. La cosa está en que me he comido uno porque pensaba que eran para eso, para los alumnos. Pero desde el momento en que se ha dado cuenta, no ha dejado de preguntarme si había cogido uno de los rojos o uno de los negros.

—¿Y qué más da?

—No tengo ni idea, pero me ha dado la impresión de que para ella era muy importante.

—Los rojos suelen ser de leche y los negros, de chocolate puro. Igual los tenía contados para algo... —sugirió Charlotte.

—Puede ser —respondió Carlota—. Pero entonces que no los deje ahí encima como hace el resto de los profesores. Eso da lugar a confusiones.

Justo en ese momento sonó el timbre que marcaba el fin del recreo y tuvieron que volver a clase. Esta vez les tocaba matemáticas con su tutora, así que Carlota se puso contenta porque le encantaba realizar cálculos. Mucho más que dibujar caracteres.

—Hoy vamos a practicar las cuentas de dos en dos —anunció Miss Silvia cuando ya estuvo todo el mundo en su sitio—. Haremos lo siguiente: yo os iré señalando y vosotros iréis respondiendo el número que corresponda. ¿De acuerdo?

—Sí, Miss Silvia —respondieron los alumnos.

—Perfecto. Pues comienzo yo con el dos. Si le añado dos más, son cuatro.

Entonces la profesora empezó a recorrer el aula señalando a niños aleatoriamente. Todos respondían con soltura «seis, ocho, diez, doce, catorce, dieciséis...» aunque la verdad es que, a medida que ascendía la cifra, algunos necesitaban un poco más de tiempo. Cuando llegaron al cien, llegó la hora de invertir la cuenta: restarían números de dos en dos hasta llegar al cero. «Cien, noventa y ocho, noventa y seis, noventa y cuatro». En esta ocasión los alumnos tardaban todavía un poco más en contestar. Sin embargo, completaron la tarea sin demasiados problemas.

—Bien. Ahora haremos lo mismo, pero contando de cinco en cinco —dijo Miss Silvia.

Se oyeron varios suspiros en el aula. Al parecer, algunos niños se veían incapaces de realizar este tipo de cálculos mentalmente. Carlota, sin embargo, sonreía todo el tiempo. Este juego le parecía muy divertido. Y también muy fácil.

«Cinco, diez, quince, veinte, veinticinco...». Y luego, de nuevo al revés: «cien, noventa y cinco, noventa, ochenta y cinco, ochenta...». Aquí la cosa había empezado a complicarse y algunos niños tenían que ayudarse de los dedos. Pero no era nada comparado con lo que estaba por venir. Cuando llegaron a cero, Miss Silvia lanzó otra propuesta.

—¡Lo habéis hecho genial! —celebró la maestra—. Ahora, vamos a probar con algo un poco más difícil. Contaremos de tres en tres.

—¿De tres en tres? —se quejaron algunas voces—. Eso ya es muy complicado.

—De eso se trata —dijo la profesora—; de aprender cada vez un poquito más. Empiezo yo. Tres y tres, seis.

La profesora retomó el recorrido aleatorio. «Nueve, doce, quince, dieciocho, veintiuno... y así hasta el noventa y nueve». Pero cuando iniciaron la cuenta atrás, el ritmo de respuestas descendió estrepitosamente. «Noventa y nueve..., noventa y... seis, nov... noventa... y... tres». Carlota no entendía por qué a todo el mundo le costaba tanto realizar estos simples cálculos y empezó a aburrirse esperando su turno para contestar.

Apoyó el codo sobre la mesa y reposó la cabeza en su mano. Cuando quiso darse cuenta, se le había escapado un bostezo.

—¿Te aburres, Carlota? —le preguntó la maestra.

Carlota se irguió en seguida. Nunca antes había hecho nada parecido, aunque también era cierto que nunca antes había sentido que la clase de matemáticas fuera un auténtico tostón.

—Lo siento... —se disculpó.

—No te estoy regañando —explicó la maestra—. Te lo pregunto en serio. ¿Te estás aburriendo?

—Un poco... —admitió ella después de pensárselo durante un breve instante.

—Dime una cosa. ¿Crees que podrías seguir tú sola con la cuenta? —propuso la mujer—. Vamos por el setenta y ocho.

—Sí, claro —se apresuró a responder—: setenta y ocho, setenta y cinco, setenta y dos, sesenta y nueve, sesenta y seis, sesenta y tres, sesenta, cincuenta y siete, cincuenta y cuatro, cincuenta y uno...

—Muy bien —interrumpió la maestra entornando un poco los ojos—. Vamos a probar otra cosa. ¿Podrías sumar de siete en siete?

—¿De siete en siete? —Carlota no había hecho nunca un cálculo mental con un número tan grande, así que no estaba segura de poder lograrlo.

—Inténtalo —la animó la mujer—. Solo hasta el número más cercano al cien.

Toda la clase la miraba atenta, en especial sus amigas. La niña asintió, aunque no las tenía todas consigo. Luego respiró y empezó a recitar, casi de carrerilla:

—Siete, catorce, veintiuno, veintiocho, treinta y cinco, cuarenta y dos, cuarenta y nueve, cincuenta y seis, sesenta y tres, setenta, setenta y siete, ochenta y cuatro, noventa y uno, y noventa y ocho.

Se oyó alguna exclamación de asombro mientras la maestra la miraba con una fijación extraña. Carlota no sabía si había algo de malo en lo que estaba haciendo.

—Ahora trata de restar de siete en siete empezando con el cuatrocientos noventa y siete. ¿Puedes?

—No lo sé —dijo ella. Pero en seguida se puso a entonar—: cuatrocientos noventa y siete, cuatrocientos noventa, cuatrocientos ochenta y tres, cuatrocientos setenta y seis, cuatrocientos sesenta y nueve, cuatrocientos sesenta y dos, cuatrocientos cincuenta y cinco, cuatrocientos cuarenta y ocho, cuatrocientos cuarenta y uno, cuatrocientos treinta y cuatro,

cuatrocientos veintisiete...

—Suficiente —la detuvo Miss Silvia—. Ahora entiendo por qué te aburres en clase. No te preocupes, si quieres puedo traer ejercicios adicionales expresamente para ti. Ya lo hablaremos, ¿vale?

Cuando la maestra retomó la clase, Cristina le murmuró algo al oído:

—No sabía que eras tan buena con los números.

—Yo tampoco —confesó Carlota.

Y las dos sonrieron. Lo cierto es que Carlota también estaba impresionada consigo misma, pero le gustaba recuperar esa sensación de convertirse en el centro de atención por un buen motivo. Suspiró para sus adentros y deseó que fuera así por siempre.

5

El resto del día fue igual de productivo para Carlota. Todas las clases parecían dársele tan bien como la de matemáticas. Cada vez que un profesor o profesora explicaba algo nuevo, ella no solo asimilaba la información con asombrosa rapidez, sino que era capaz de responder preguntas cuya respuesta nunca habría imaginado conocer. Se sentía pletórica; como viviendo un sueño maravilloso.

Pero lo más asombroso llegó a la hora de las actividades extraescolares. Hoy tenía baile con sus amigas, las Ces.

—Este año aprenderemos algunos pasos de tango —dijo Miss Gloria. Se sucedieron varias exclamaciones de sorpresa y algún que otro aplauso. Carlota, sin embargo, no supo si alegrarse porque no conocía demasiado este baile—. Es una danza característica de la región del Río de la Plata, en Argentina y Uruguay. Como supongo que algunos de vosotros no sabéis de qué estoy hablando, vamos a ver un ejemplo antes de empezar con la clase.

Acto seguido, les mostró un vídeo en el que una pareja intercalaba pasos sincopados con pausas y movimientos de nom-

bres extraños que la maestra iba recitando: cortes, quebradas, firuletes (en los que la pareja entrelazaba sus piernas) y, lo más espectacular, figuras coreográficas con piruetas que les dejaban con la boca abierta.

—El que acabamos de ver es el tango escenario, que es más espectacular porque incluye saltos. Nosotros nos iniciaremos con el de salón o milonguero, que es más simple porque los pies se mantienen todo el rato en el suelo. Y luego, si os gusta y queréis añadir algo de acrobacia a los pasos, ya lo vemos. ¿De acuerdo?

Todos respondieron con una afirmación.

—Bien, pues vamos a empezar. Yo formaré las parejas. Tanto si os toca bailar con una persona del mismo sexo como si es del sexo opuesto, primero guiaré uno y luego el otro. Así todos aprenderemos a ser creativos y a dejarnos llevar.

La maestra procedió a agrupar a todo el mundo en parejas y en seguida empezó la clase. Primero, les enseñó a colocarse bien erguidos uno frente al otro, y luego les mostró los pasos básicos. Las Cuatro Ces trataban de reproducirlos con esmero, atentas a las explicaciones de Miss Gloria sobre la importancia de trasladar el peso de una pierna a otra a medida que avanzaban por la pista de baile. Estaban particularmente contentas porque les había tocado bailar juntas: a Carla con Carlota y a Charlotte con Cristina.

Pero de pronto, sucedió algo inesperado en mitad de la clase. Carlota sintió la necesidad de hacer algo diferente, de despegar los pies del suelo.

—Sujétame con fuerza —le pidió a Carla en un arrebató.

Entonces Carlota se agarró vigorosamente a su pareja de baile y se elevó por los aires moviendo las piernas tal como había visto en el vídeo hacía un rato. Le quedó magnífico. Mucho mejor de lo que cualquiera hubiera esperado para una primera vez. Lástima que Carla no pudiera soportar el peso y cayera de golpe sobre sus espaldas con Carlota en su regazo.

—¿Estáis bien? —La maestra había acudido de inmediato a comprobar que todavía estaban de una pieza. Casi se había quedado sin respiración del susto.

—¡Sí! —exclamó Carla entre carcajadas mientras se frotaba la parte posterior de cabeza. Solo se había dado un coscorrón, nada grave—. Ha estado genial, ¿probamos otra vez?

—¡Vale! —respondió Carlota, emocionada por lo que acababa de conseguir.

—¡Ni hablar! —se negó Miss Gloria—. ¿Se puede saber por qué habéis hecho eso? Podríais haberos hecho mucho daño.

—Es que... me aburría un poco... —argumentó Carlota.

—Ya, pues no está bien. Hemos quedado que empezaríamos por los pasos básicos. No puedo estar pendiente de vosotras todo el rato solo porque ya hayáis tomado clases de tango antes y de repente se os ocurra lanzaros a hacer una figura complicada sin avisar a nadie.

—Yo nunca he tomado clases de tango antes —dijo Carla.

—Yo tampoco —añadió Carlota.

—Pues entonces con más razón —sentenció la maestra—. Las acrobacias se tienen que hacer con ayuda. No hagáis locuras, por favor.

Y a partir de ahí la clase continuó con normalidad. Todo el mundo retomó sus pasos básicos, que Carlota encontraba insulsos a pesar de que la profesora en seguida les enseñó la cruzada y algún que otro corte. Las dos Ces restantes se acercaron a ellas en cuanto tuvieron ocasión.

—Oye, ¡qué chulada! —exclamó Cristina tratando de no perder el ritmo—. Me ha encantado vuestro intento. Tenéis que enseñarnos a hacerlo. ¿A que sí, Charlotte?

—No sé —dudó ella—. Podríamos darnos un buen batacazo.

Charlotte tenía un ojo puesto en su compañera de baile y otro en la maestra, quien seguía pululando de pareja en pareja controlándolas de reojo para que Carla y Carlota no volvieran

a hacer de las suyas.

—¡Qué va! —dijo Carla—. Está tirado. Solo necesitamos practicar un poco, ya verás.

—Estaría bien si pudiéramos quedar juntas este fin de semana —propuso Carlota—. Le pediré mis padres que nos dejen reunirnos en mi casa. Podríamos practicar en el jardín, a ver qué sale.

—¡Hecho! —dijeron Carla y Cristina. Charlotte no estaba del todo convencida.

—¿Qué? ¿De cháchara? —las regañó la profesora, acercándose a ellas.

Las dos parejas se separaron con una gran sonrisa en el rostro. Carlota estaba feliz pensando en lo bien que se lo iba a pasar practicando figuras acrobáticas de tango con sus amigas. Cuando le tocó el turno de guiar a Carla, se dejó inspirar por la música y enredó sus pies en una retahíla de pasos complicados. ¿Debería haber sospechado que algo raro estaba pasando? Puede ser. Pero en lugar de eso, optó por soñar despierta mientras disfrutaba del baile.